



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Identidad y universalidad en Octavio Paz

Autor: Ferreras-Savoye, Jacqueline

Forma sugerida de citar: Ferreras-Savoye, J. (1991). Identidad y universalidad en Octavio Paz. *Cuadernos Americanos*, 2(26), 57-64.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año V, núm. 26, (marzo-abril de 1991).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY - NC - ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licences/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

IDENTIDAD Y UNIVERSALIDAD EN OCTAVIO PAZ

Por *Jacqueline* FERRERAS
UNIVERSIDAD DE PARIS X-NANTERRE

CON LOS aportes conjugados del psicoanálisis, de la sociología y de la lingüística, se nos ha puesto de manifiesto la distancia que media entre el autor y cada uno de sus lectores: el texto literario adquiere todo un significado tan sólo en el momento en que lo reinterpreta la conciencia del lector.

Pero quizá por eso resalte ahora más que nunca el carácter de universalidad de una obra: cuando, a pesar de todo cuanto separa a un escritor de su lector potencial, y en particular del lector que se crió y vive en una sociedad distinta, en otra latitud, cuya lengua materna es otra, este lector "se encuentra" en unas palabras que "mágicamente" le revelan a sí mismo. Universalidad que precisamente corona el premio Nobel. ¿En qué consiste la "magia" de Octavio Paz? Acaso en que trata temas esenciales, tan manidos como el Amor, el Tiempo y la Muerte, con palabras tan suyas, con imágenes tan de su tierra también, que nos da a sentir de modo "nuevo" la experiencia del vivir con un planteamiento propio de nuestro siglo.

La experiencia del siglo xx

QUIZÁS el planteamiento vital más específico de nuestro siglo sea en Occidente el de la propia identidad. Planteamiento que se deriva de los avances científicos: se trate del descubrimiento del átomo que ha revolucionado nuestra concepción del Universo, o del de la existencia del inconsciente, que aparece como el gran manipulador de nuestra conducta, el sujeto, hoy, al enfrentarse consigo mismo, sólo sabe que de sí no sabe nada, ni puede contestar honradamente a esta pregunta tan sencilla: ¿Quién soy yo?

Este problema de la identidad se plantea en términos muy diversos desde el plano colectivo de la identidad histórica y/o de la identidad cultural hasta el plano íntimo en el que se pone en vilo la conciencia del propio ser. A modo de ilustración de lo primero —el planteamiento a nivel colectivo— recordaré el reciente libro de Leopoldo Zea de título tan explícito: *500 años después. Descubrimiento e identidad latinoamericana* (México, UNAM, 1990), en que el doctor Zea acomete el tema desde una perspectiva histórica que conduce al ineludible reconocimiento por el mundo occidental de otras identidades, en virtud precisamente de su propio modelo. (Igualmente merecería citarse el también reciente libro de Jacques Le Rider sobre las distintas crisis de identidad —identidad individual; identidad masculina; identidad judía— expresadas por los escritores vieneses de los últimos años del siglo XIX y principios del XX: *Modernité viennoise et crises de l'identité*, París, PUF, 1990).

También merece mencionarse en lo que se refiere a la identidad cultural, el actual desasosiego generado por la situación, nueva para ellos, de los ciudadanos de los países de la Comunidad Europea, que tienen que aceptar, tanto en el plano lingüístico-cultural como en el económico, el ensanche de su horizonte, integrando una identidad nacional en una identidad europea, después de siglos de guerras fratricidas, al mismo tiempo que se impone la necesidad de integrar en estos mismos países a olas masivas de emigrados de procedencia muy variada. Circunstancias éstas a las que confiere tan amplia resonancia la propia inseguridad del individuo en lo que se refiere a su "yo" (véase el título tan explícito del último libro del filósofo Paul Ricoeur: *Soi-même comme un autre*, París, Seuil, 1990). (Añadiré que esta crisis de la identidad personal encuentra acaso su expresión más profunda y por lo tanto más perturbadora en la problematización de la identidad masculina que caracteriza actualmente a las sociedades desarrolladas).

Podría exponerse este cuestionamiento de la identidad todavía en otras palabras: Montaigne expresó la plena conciencia que de sí adquirió el individuo en el Renacimiento al tomarse a sí mismo como objeto de una indagación tan apasionada como gozosa (*Essais*, lib. II, cap. XVIII: "Du démentir"). Hoy se ha vuelto obsoleto este planteamiento pues sabemos que nuestro "ser" se reduce a un "estar" en la tierra en función de una complejísima red de interrelaciones, que abarca desde las micro-relaciones (el propio inconsciente) hasta las macro-relaciones (el entorno social insepara-

ble del momento histórico), y que por lo tanto resulta esencialmente inestable, en el sentido químico de la palabra, inestabilidad que no nos queda más remedio que asumir.

La ejemplarización de Octavio Paz

OCTAVIO Paz, acaso precisamente por ser mexicano, es particularmente sensible a esta problemática.

Parte de la interrogación sobre su país y su gente: "La historia de México es la del hombre que busca su filiación" (*El laberinto de la soledad*), para convertirla en la historia ejemplar del ser humano a través de la experiencia de la soledad, y termina el libro con esta frase:

Allí, en la soledad abierta, nos espera también la trascendencia: las manos de otros solitarios. Somos, por primera vez en nuestra historia, contemporáneos de todos los hombres.

Frase clave por cuanto expresa el eje de su obra: ejemplarizando su situación existencial de mexicano del siglo xx, logra expresar, en su poesía en particular, el estado anímico esencial que caracteriza la conciencia de nuestra época a través de los "universales" biológicos —el Amor, el Tiempo y la Muerte. Consigue con su poesía, aunque de modo diferido, la tan anhelada comunicación con el Otro, coincidiendo en ello con una definición filosófica actual según la cual el hombre es lenguaje (véase Julia Kristeva, *Le langage, cet inconnu*, 1969).

La experiencia vital de Paz le lleva a recoger el tema más característico, quizá, de la literatura occidental desde el Renacimiento: el del sentimiento de soledad, tema específico de la conciencia individualista, y cuyas raíces se encuentran en la cultura greco-latina evidentemente. Tema "ejemplar" por cuanto une lo exterior, socio-histórico, con lo más íntimo del sentir individual al ser una reflexión sobre la problemática relación del individuo con el Mundo.

Esta experiencia de la soledad es consustancial con la experiencia inmanente del "yo". Soledad dolorosa por cuanto implica separación, distanciamiento del individuo del mundo que le rodea, pero soledad mitigada mientras el sentimiento religioso permite restaurar el diálogo con la Creación, estructurando así el vivir humano, soledad tolerable por cuanto no se pone en duda la unicidad del

“yo”. Sentimiento de soledad que en nuestro siglo se vuelve intolerable con la pérdida conjugada de Dios y de esta unicidad del “yo”, referencia suprema de nuestra experiencia vital.

La inequívoca ventaja del lenguaje poético sobre el filosófico reside en su capacidad de transmitirnos directamente la emoción con el concepto, en unas pocas palabras que resultan ser como una síntesis de razonamiento y emoción, por el poder evocativo de cada palabra.

Es esta experiencia de una soledad radical, trágica, la que funda la búsqueda de Paz, su esfuerzo por encontrar un elemento positivo que, de alguna manera, rescate el vivir humano:

Estoy con uno como yo,
que no me reconoce y me muestra mis armas;
con uno que me abraza y me hiere
—y se dice mi hijo—;
con uno que huye con mi cuerpo;
con uno que me odia porque yo soy él mismo.

En soledad pregunto,
a soledad pregunto.
(*Libertad bajo palabra*: “Pregunta”)

Prófugo de mi ser, que me despuebla
la antigua certidumbre de mí mismo,
busco mi sal, mi nombre, mi bautismo,
las aguas que lavaron mi tiniebla.

Y nada queda sino el goce impío
de la razón cayendo en la inefable
y helada intimidad de su vacío.
(LBP: “La Caída”)

Podrían citarse otros muchos poemas que son otras tantas variaciones sobre la experiencia de la soledad absoluta que es vértigo ante la nada, porque nada tiene sentido (“La calle”; “Antes de dormir”; “Máscaras del alba”; “Fuente”; “¿No hay salida?”; “El cántaro roto” . . .). Sentimiento de soledad que raya en locura ante la conciencia de la disgregación de la personalidad, dicotomía inhibidora producida por la mirada autorreflexiva del que se contempla sin entender. Han desaparecido todos los referentes que conferirían sentido al vivir y en torno a los cuales se estructuraba la propia

conciencia o, mejor dicho, la conciencia, radicalmente separada del mundo en torno, es incapaz de constituirse sus propios referentes.

“Sin Dios, y sin vos y mí” es el primer verso de una glosa lírica del siglo xv castellano, pero, con aquellos versos, el poeta Jorge Manrique sólo quería expresar el carácter avasallador de la pasión amorosa. Hoy el sentimiento de separación y abandono no es sinónimo de enajenación amorosa sino de absurdo existencial, de incoherencia vital.

En efecto, la experiencia de la inexorable huida del Tiempo se convierte en pérdida del pasado: “Nada fue ayer”, desaparición que nos es intolerable por cuanto borra nuestras propias huellas o mejor dicho: en estas huellas del propio pasado vital ya no nos encontramos a nosotros mismos, de tal modo que nuestra historia se nos aparece como la de otro.

Conciencia de incoherencia que resulta aún más insufrible en cuanto que al mismo tiempo el instinto vital nos condena a la impaciencia de vivir:

Atado a mi vivir
y desasido de la vida.
(LBP: “Insomnio”)

Todo el esfuerzo del poeta Octavio Paz se cifra en esta búsqueda de comunicación, para salir de esta soledad-cárcel, comunicación a través de la cual, como en un espejo, puede esperar volver a encontrar la propia identidad. Y parece como si tomara apoyo en la misma desesperación del afán de vivir para, convirtiéndola en fuerza positiva, hallar en el instinto amoroso, en que se funda el ansia de vivir, un motivo de gozo y de esperanza. El Amor aparece como el medio privilegiado para restablecer esta comunicación, a través de la relación sexual vivida como un rito religioso: la unión de los cuerpos le devuelve milagrosamente su sentido a la vida. El ser femenino encarna, para el hombre Paz, la “Otriedad” con la que necesita establecer la comunicación, para recuperar su sitio en la Creación y resolver así el enigma de su ser. La mujer es figura del Universo para el hombre (¡y los términos pueden invertirse desde una conciencia femenina¹):

la huella de su pie
es el centro visible de la tierra.
(LBP: “Noche de resurrecciones”)

verdad de dos en sólo un cuerpo y alma
oh ser total

el mundo nace cuando dos se besan.
(LBP: "Piedra de sol")

En este último poema acaso se resume toda la concepción que tiene Paz del amor: la unión amorosa es la única "respuesta" que se puede oponer a un mundo cruel y absurdo. En este final de siglo, las circunstancias históricas sólo han amplificado este sentimiento de horror y confusión, de modo que a veces la palabra de Paz aparece como premonitoria.

Paz nos restituye la fuerza arrolladora y fascinante del impulso vital a través de la evocación de una Naturaleza poderosa, exuberante y terrible, como en

Serpiente labrada sobre un muro

El muro al sol respira, vibra, ondula,
trozo de cielo vivo y tatuado:
el hombre bebe sol, es agua, es tierra.
Y sobre tanta vida la serpiente
que lleva una cabeza entre las fauces:
los dioses beben sangre, comen hombres.
(LBP: "En Uxmal")

La Naturaleza "es" la misma vida: cumpliendo con su ley alcanzamos una dimensión de eternidad: la celebración del amor sexual cobra valor sagrado como en "Cuerpo a la vista", donde representa al Amor como el medio de volver a la unidad perdida, al Paraíso:

Y las sombras se abrieron otra vez y mostraron un cuerpo:
tu pelo, otoño espeso, caída de agua solar,

Entre tus piernas hay un pozo de agua dormida,
bahía donde el mar de noche se aquietta, negro caballo de espuma,
cueva al pie de la montaña que esconde un tesoro,
boca del horno donde se hacen las hostias,
sonrientes labios entreabiertos y atroces,
nupcias de la luz y la sombra, de lo visible y lo invisible
(allí espera la carne su resurrección y el día de la vida perdurable).

Patria de sangre,
 única tierra que conozco y me conoce,
 única patria en la que creo,
 única puerta al infinito.
 (LBP: "Cuerpo a la vista")

Celebración del reencuentro con el Universo, y no encuentro con otra conciencia. Si el encuentro amoroso suprime la hostilidad del mundo en torno, y vence al Tiempo, convirtiendo el instante en eternidad, no ofrece, sin embargo, sino una comunicación incierta y fugaz.

La búsqueda se nos aparece como un camino hacia el encuentro consigo mismo, que se va a lograr a través de la escritura. De la experiencia amorosa el poeta accede a la creación artística, buscándose en su forcejeo con las palabras.

La creación poética va a magnificar la Naturaleza y la unión amorosa: las palabras crean otra vez el Mundo, verdadero paraíso soñado, dando nueva apariencia al "otro":

La tinta verde crea jardines, selvas, prados,
 follajes donde cantan las letras,
 palabras que son árboles,
 frases que son verdes constelaciones.

Deja que mis palabras descendan y te cubran
 como una lluvia de hojas a un campo de nieve,
 como la yedra a la estatua,
 como la tinta a esta página.

(LBP: "Escrito con tinta verde")

Mediante la escritura, el sentimiento de admiración gozosa que de pronto llena al poeta, lo libera del peso de su angustia:

Del árbol cuelgan palabras hermosas
 que brillan, maduran, caen.
 En mi frente, cueva que habita un relámpago.
 Pero todo se ha poblado de alas.

(LBP: "Visitas")

Partiendo de una experiencia enriquecida de siglos, Paz logra superar el solipsismo gracias a la creación poética; las palabras operan el milagro de restablecer la comunicación rota (y dan, así, for-

ma a su afirmación de la solidaridad humana). Al leerlo, nuestro propio sentimiento de desesperación pierde combatividad, porque una voz logra decir lo que sentimos confusamente. "Otro", desde lo más hondo de su soledad, ha sabido adivinarnos, aboliendo "mágicamente", por un momento, nuestro sentimiento de aislamiento y alzarnos hasta la cima de un arte que es asunción lúcida y, a pesar de todo, esperanzada, del vivir humano.

¿No será éste el verdadero valor de la poesía, el reunir a miles de seres humanos en la expresión más acabada de su conciencia colectiva en un momento de la Historia?